

UNA IGLESIA EN MISIÓN CON ENTRAÑAS DE MISERICORDIA

ROBERTO CALVO PÉREZ¹

El papa Francisco nos ha recordado gráficamente en la bula del Año de la Misericordia, *Misericordiae vultus*², que “la misericordia es la viga que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia ‘vive de un deseo inagotable de brindar misericordia’ (EG 24) ... Es el tiempo de retomar lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos” (MV 10).

A Ireneo de Lyon le gustaba decir que Dios Padre tiende sus dos manos al mundo (el Hijo y el Espíritu) para abrazarlo. El papa Benedicto XVI en su viaje a Santiago de Compostela afirmó que la Iglesia, siguiendo el dinamismo trinitario, existe para abrazar a todas las personas. La Iglesia, nacida de la Trinidad, se descubre en estado de misión clemente y compasiva puesto que ese es su modo propio y peculiar en el dinamismo de comunión de la que vive.

Este abrazo misericordioso que Dios ha ido y sigue derramando a lo largo de la historia de la salvación es el que mejor nos hace comprender a una Iglesia-madre que lo quiere continuar narrando, contemplando y ofreciendo entrañablemente a toda la humanidad, a cada una de las personas. Así, ella misma se ha de autocomprender en salida, en misericordia-misión. Por tanto, hoy necesitamos captar el sentido actual de las que, tradicionalmente, se han llamado obras de misericordia. Proponemos un septenario de las mismas que se nos desvelan como ámbito testimonial para realizar una misión creíble y significativa, un obrar con misericordia entrañable, incluyendo su dimensión profética³.

1. LA MISIÓN, MADRE DE UNA IGLESIA CON ENTRAÑAS DE MISERICORDIA

La Iglesia nace de la misión y se edifica en la misión, porque “la misión es la madre de la Iglesia”. O dicho con una fórmula lapidaria de los obispos católicos de Estados Unidos: “decir Iglesia es decir misión”⁴. No se trata tanto de que la Iglesia

¹ Sacerdote de la diócesis de Burgos. Doctor en teología Espiritual. Es Director del Instituto de misionología de la Facultad de Teología del Norte-sede Burgos y profesor de la misma en sus sedes de Burgos y Vitoria. Es miembro del Consejo de redacción de la revista Misiones Extranjeras y participante en el Foro de Misiones. Ha publicado diversas obras y artículos en torno a la pastoral y realidad misionera de la Iglesia.

² Para agilizar el texto, usamos estas abreviaturas: EG (*Evangelii Gaudium*); DiM (*Dives in Misericordia*) y MV (*Misericordiae Vultus*).

³ Se puede ver un desarrollo mucho más amplio en E. BUENO DE LA FUENTE - R. CALVO PÉREZ, *Del Dios de la misericordia a una Iglesia misericordiosa*, Monte Carmelo, Burgos 2016.

⁴ *The Ends of the Earth*, Carta pastoral de los Obispos de Estados Unidos (1986) nº 16.

tenga una misión –como si la Iglesia de algún modo existiera *previamente* a su tarea–, sino que más bien *es* misión en cuanto tal; en efecto, como bien se dice no es que la Iglesia tenga de por sí una misión, sino que la misión de Dios tiene una Iglesia.

El hecho de que la misión tenga su origen en la Trinidad hace a la Iglesia constitutivamente misionera. La «*Ecclesia de Trinitate*» es la Iglesia en estado de misión; o mejor aún, la misión es la que hace tomar conciencia a los seguidores del Resucitado de su ser Iglesia. “La Iglesia, peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el propósito de Dios Padre” (AG 2). Al igual que en la Trinidad, también en la Iglesia la misión es la expresión del dinamismo más profundo de la comunión, de la irradiación y sobreabundancia del amor que en ella ha sido y sigue siendo infundido por el Espíritu Santo.

Ahora bien, este modo de actuar la Trinidad santa permite captar de un modo fiable su ser más profundo (lo que la teología suele denominar “Trinidad inmanente”). El principio parece claro: si Dios Trinidad ha actuado así, es que *es así*; no puede actuar de un modo que traicione o falsifique su ser más íntimo. Por tanto si Dios actúa misericordiosamente como Padre, como Hijo y como Espíritu, ello significa que en sí mismo *es amor*, *el acto* supremo y *máximo de Amar*⁵. La misericordia nos desvela el misterio de la Trinidad santa.

La Trinidad, es decir, el misterio tripersonal de Dios, es el ejemplo magnífico e insuperable de superación de la auto-referencialidad. Por un lado, es el ejemplo paradigmático de la importancia del otro, de la apertura al otro, de la misión hacia el otro, de la comunión con el otro para garantizar su felicidad y su gozo. Por otro, garantiza que uno mismo alcanza la felicidad gracias al otro, al otro que es un don para mí. El Padre da origen (genera, engendra) al Otro, al Hijo, de modo que el Padre es *El que amó el primero* y el Hijo *el Amado*; el Espíritu es el gozo de esa relación de Amar, *el júbilo del amor compartido*⁶, que por ello se comunica y se abre para abrazar a todos los seres humanos y a todas las criaturas.

El Dios cristiano *se implica radicalmente en la historia dolorida y dolorosa del mundo*. Es su respuesta a la situación de des-gracia que padecen los hombres y mujeres concretos. Ante el misterio de la iniquidad en sus mil y una configuraciones Dios ofrece el ‘exceso’ del Don y de la solidaridad mostrados por el Padre, el Hijo y el Espíritu. El dolor del mundo es la pasión misma de Dios. Los antropomorfismos del Antiguo Testamento dejaban ver estas perspectivas. De modo metafórico a Yahvé se le atribuyen actitudes y sentimientos profundamente humanos: la cólera, el celo, la compasión, el amor, el dolor, el lamento... Ciertamente que son metáforas; pero no por ello debemos desvalorizadas.

El profeta Oseas señala cómo, ante la dureza del sufrimiento del pueblo, Yahvé muestra su misericordia, sus entrañas de misericordia, *su misericordia entrañable*. La

⁵ E. BUENO DE LA FUENTE, *El esplendor de Amar. El Padre, el Hijo y la Alegría de Dios*, Monte Carmelo, Burgos 2010.

⁶ ID., *El Espíritu, Alegría de Dios. Sobre la identidad hipostática de la tercera Persona*, «Estudios Trinitarios» 45 (2011) 409-461.

misericordia es una auténtica conmoción de las entrañas. Las entrañas de Yahvé no se conmueven simplemente por el pecado del hombre, sino por el dolor de las personas, sus “pequeñuelos”. Yahvé se conmueve, por lo tanto, no sólo por lo que le afecta a él, sino por lo que nos amenaza a los hombres. Por eso afirma con contundencia: aunque la madre llegue a abandonar a sus hijos, yo no lo haré (Is 49,14)⁷.

Los evangelistas indican con claridad *cuál es la actitud que mueve a Jesús*: la misericordia, la compasión, la conmoción de las entrañas. Sin esta sensibilidad tan profundamente humana el Hijo encarnado no sería realmente misionero de la misericordia. Los enfermos acudían continuamente a Jesús como respuesta a su actitud radical: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré” (Mt 11,28). La sintonía con los pobres y los doloridos era automática: “Viendo a la muchedumbre se enterneció de compasión por ella porque estaban fatigados y abatidos” (9,36). Al leproso que le suplica no lo atiende desde la distancia sino que, enternecido, lo toca y lo limpia (Mc 1,41). Sólo tocando la carne herida se supera la distancia y se produce el contacto y la comunicación. Jesús no sólo acoge y abraza a quien se le acerca, es él mismo el que toma la iniciativa para ofrecer consuelo, descanso y esperanza.

Desde ahí, es fácil comprender cómo la misión ha de edificar una Iglesia-madre de misericordia entrañable, con entrañas de misericordia, que está convocada para vivir y mostrar actitudes de engendramiento, misericordia, bondad, ternura, compasión, paciencia, comprensión y perdón. Por ello, Pablo, el apóstol de los Gentiles, describe la acción de todo misionero con estas palabras: “Hijos míos, sufro por vosotros como si os estuviera de nuevo dando a luz hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gál 4,19).

La Iglesia-en-misión se realiza como madre porque va engendrando continuamente hijos concebidos por el Espíritu: de su seno virginal reciben la vida nueva (el nombre nuevo que se inscribe para siempre en “el libro de la Vida”) los que se han convertido por el testimonio y el anuncio⁸. La “madre” es el mejor símbolo que condensa la misericordia entrañable. El papa Francisco alude a esta imagen en la *Bula del Jubileo de la Misericordia*, aspecto que ya subrayaba en *La alegría del Evangelio*: la Iglesia es “madre siempre atenta” (EG 14), “es madre y predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo” (EG 139); se trata de “una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos” (EG 210); pues existe una “íntima conexión entre María, la Iglesia y cada fiel, en cuanto que, de diversas maneras, engendran a Cristo” (EG 285); y todo ello porque es “una madre de corazón abierto” (EG 46-49).

2. LA IGLESIA HOY, EN CONVERSIÓN Y SALIDA: LA MISERICORDIA SE HACE MISIÓN

Parece cierto que el principal papel de los primeros tiempos recayó sobre los “misioneros anónimos” quienes comunicaban su fe por contacto, por contagio de relaciones personales y cercanas que transmitían al Dios de la misericordia, obrando misericordiosamente en una sociedad con grandes grupos de personas necesitadas de

⁷ Todo ello queda recogido en el Antiguo Testamento al hablar, con diversa terminología, de la misericordia: cf. DiM, nota 52.

⁸ Cf. R. CALVO PÉREZ, *Edificar una Iglesia de bautizados en 50 claves*, Monte Carmelo, Burgos 2014.

ayuda, apoyo, asistencia y amor. Los cristianos “cotilleaban el Evangelio”. La conducta de estos “misioneros anónimos” tuvo una gran relevancia e impacto decisivo en la propagación del Evangelio de la misericordia, pues vivían en las obras “el lenguaje del amor” (Harnack).

En ese contexto, el cristianismo revitalizó la vida en las grandes ciudades grecorromanas, ofreciendo un nuevo estilo: “a ciudades repletas de recién llegados y extranjeros, el cristianismo ofreció un ámbito inmediato de pertenencia. A ciudades llenas de huérfanos y viudas, el cristianismo proporcionó un nuevo y ampliado sentido de la familia ... Y a ciudades castigadas por epidemias, incendios y terremotos, el cristianismo ofreció cuidados asistenciales efectivos”⁹.

Tertuliano lo explicitaba desde África: “es nuestra preocupación por el desposeído, nuestra práctica de amorosos cuidados, lo que nos marca ante los ojos de nuestros adversarios. ¡Mirad, dicen ellos, mirad cómo se aman!” (*Apología* 39). Mientras que el mismo emperador Juliano (nacido el año 331 y denominado el “Apóstata”) reacciona fuertemente contra los cristianos, pero da el mejor testimonio de ellos: “¿Acaso no comprendemos que la impiedad [el cristianismo] fue promovida sobre todo por la humanidad [de los cristianos] respecto a los extranjeros y mediante el cuidado en enterrar a los muertos? ... Los impíos galileos no se contentaban con alimentar a sus pobres y dieron de comer también a los nuestros. Pero los nuestros carecen de estos cuidados”¹⁰.

Ahora bien, *hemos de situarnos en nuestro tiempo*. No cabe duda que la misión ha sido y sigue siendo signo de credibilidad ante el mundo y fermento de renovación eclesial. La Iglesia ha sido, generalmente, maestra en obras de misericordia y también ha colaborado en el trabajo por una cultura de la solidaridad misericordiosa. Pero, como siempre, sigue necesitando signos creíbles ante los protagonistas del siglo XXI. Ya el Vaticano II quiso indicar un camino a seguir en los años venideros. La Iglesia prefería, en expresión de Juan XXIII, usar “la medicina de la misericordia”; y en labios de Pablo VI, este acontecimiento vivió la espiritualidad del Buen samaritano, aspecto que ha de llevarnos a “servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades” (cf. MV 4).

Por eso mismo, y de forma global, ha de comprenderse como *un Concilio de y para la conversión pastoral* a fin de afrontar en misión los nuevos tiempos. En esa encrucijada la doble coordenada que movió el acontecimiento conciliar se puede resumir en dos conceptos. *El aggiornamento* (Juan XXIII), que es otro modo de hablar de “conversión pastoral-misionera”, condensa la aspiración en purificar todo lo anquilosado y obsoleto a fin de que brille lo genuino y lo originario, lo propio y peculiar, de modo que pueda ser captado y acogido cordialmente por los observadores.

El criterio se encuentra en *el ressourcement*; es decir, en lo original y originario. Juan XXIII esperaba que pudiera repetirse la experiencia de Pentecostés, en definitiva la eclosión del Espíritu de la resurrección. La vuelta a las fuentes había alimentado los diversos movimientos (litúrgico, bíblico, patrísticos...) que a lo largo del siglo XX

⁹ R. STARK, *El auge del cristianismo*, Andrés Bello, Barcelona 2001, 160s, 61.

¹⁰ *Epistola ad Arsacum*, en *Sozomenos* V,15s.

hicieron posible el Vaticano II porque habían ampliado la experiencia eclesial para que no se anquilosara una figura determinada de la Iglesia.

El tema de fondo conciliar, que se ha denominado como “*la cuestión del estilo*” (O’Malley), puede formularse así: ¿con qué estilo ha de comunicarse y actuar la Iglesia? La elección de estilo es una cuestión de identidad, de personalidad, y en consecuencia del tipo de institución que el Concilio deseaba que fuese la Iglesia. El estilo se muestra efectivamente en el lenguaje, en la actitud que se adopta ante los otros, como se comprueba abundantemente en los textos conciliares. No es casual que Francisco invite a descubrir que “la salida misionera es el *paradigma de toda obra de la Iglesia*” (EG 5) y “a perfilar un determinado estilo evangelizador ... en *cualquier actividad que se realice*” (EG 18).

La propuesta del Año de la Misericordia continuamente habla de *un nuevo estilo misericordioso*. Para ello hemos de volver a las fuentes de la misericordia –el actuar del Dios rico en misericordia a lo largo de toda la historia de la salvación¹¹– recreando una pertinente imagen de Iglesia misericordiosa y sintiendo el latir concreto de la humanidad, especialmente de los pobres, para ofrecerles una misericordia entrañable. Y, por eso, el papa Francisco presenta la conversión pastoral para “primerear” desde el dinamismo misionero movido por la misericordia (cf. EG 24) con un “sentido programático y consecuencias importantes. Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera ... Constituyámonos en todas las regiones en un estado permanente de misión” (EG 25)¹².

Es lógico que el Papa insista *en edificar una Iglesia en salida* y de puertas abiertas¹³. Para ello, “cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20). La propuesta del Reino de Dios ha de llevarnos a “amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos” (EG 180)¹⁴.

Se trata de un criterio de universalidad, específico del Evangelio que nos envía a ir por todo el mundo anunciando la buena noticia a toda la creación (cf. Mc 16,15)¹⁵. Toda la creación “quiere decir también todos los aspectos de la vida humana, de manera que ‘la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todos

¹¹ Cf. M. LEGIDO, *Misericordia entrañable. Historia de la salvación anunciada a los pobres*, Sígueme, Salamanca 1986.

¹² Cf. AA. VV., *La conversión pastoral para unas iglesias en misión*, Estudios de Misionología 17, Facultad de Teología, Burgos 2015; R. CALVO PÉREZ, *La conversión pastoral-misionera. Lo que el Espíritu dice a las iglesias*, Monte Carmelo, Burgos 2016; INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *La conversión pastoral*, Verbo Divino, Estella 2015.

¹³ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *La transmisión de la fe. Hacia una Iglesia de puertas abiertas*, Monte Carmelo, Burgos 2008; G. VIGINI (ed.), *La Iglesia de la misericordia*, San Pablo, Madrid 2014, donde recoge textos del papa Francisco desde estas claves.

¹⁴ Cf. «Misiones Extranjeras» 260-261 (2014) [*Evangelii Gaudium*].

¹⁵ Cf. F. SUSAETA MONTOYA, *Hacia una misión mundial. Retos y posibilidades*, Monte Carmelo, Burgos 2015.

los ambientes de la convivencia y todos los pueblos'. Nada de lo humano le puede resultar extraño. La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia" (EG 181).

Desde aquí es fácil comprender que la Iglesia está llamada a vivir *la misericordia como misión* en clave universal. La misión es un dinamismo, una salida de amor en su raíz y en sus límites, misericordia y martirio, que pretende abrazar al mundo con un abrazo de plenitud, con una caricia tierna hacia todos. Por ello, la misión habrá de recorrer los caminos de la historia dándose a los crucificados, gestando vida en abundancia, ofreciendo plenitud, derribando muros para que la reconciliación avance, colaborando por una cultura de la misericordia... En definitiva, ofreciendo a nuestro Dios rico en misericordia con palabras que resuenan a un año de gracia y obrando misericordia entrañable.

3. EL SENTIDO ACTUAL DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA

La mayoría de creyentes con cierta edad aún recuerdan lo que aprendieron de pequeños sobre las obras de misericordia en los diversos catecismos¹⁶. Según el actual *Catecismo de la Iglesia*, las obras de misericordia "son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales". Así pues, "instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras de misericordia espiritual, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia". Las corporales "consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos". Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres "es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios" (nº 2447).

Hay que hacer notar que este texto el *Catecismo* lo sitúa dentro de la sección titulada "El amor a los pobres", y va precedido de una cita de Concilio cuando en la declaración sobre los laicos (AA 58) se afirma que "las obras de la misericordia no suplen la justicia" (nº 2446). Pero, igualmente, hemos de recordar que "el amor siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa" (*Deus caritas est* 28). A su vez, en los números posteriores el *Catecismo* justifica "el amor de preferencia a los oprimidos por la miseria". Éstos son objeto de este amor por parte de la Iglesia, que, "desde sus orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos. Lo ha hecho mediante innumerables obras de beneficencia que siempre y en todo lugar continúan siendo indispensables" (nºs 2447s.).

El trasfondo de lo que a lo largo de la historia de la Iglesia se han llamado "obras de misericordia" hay que situarlo en el mismo decir y actuar de Jesús. Desde el principio Jesús irrumpe anunciando una nueva época: "se ha cumplido el plazo y está cerca el reinado de Dios" (Mc 1,14). El prometido y esperado cambio de época se explicita en los siguientes capítulos de Marcos presentando la irrupción del Reino con las curaciones milagrosas de los enfermos de todo tipo y en la expulsión de los demonios, es decir, de los poderes que dañan la vida (integral) de los seres humanos.

¹⁶ I. NOYE, *Miséricorde (Oeuvres de)*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, X, Paris 1980, 1328-1349.

Lucas manifiesta lo mismo con mayor claridad. El mensaje programático lo realiza un sábado en la sinagoga de Nazaret leyendo el texto de Isaías (Lc 4,18s.). Para este autor, el Evangelio de Jesús es la proclamación de un año de gracia; esto es, un año de liberación (cf. Lv 25,10) para los pobres. En Mateo encontramos una afirmación parecida; cuando los discípulos de Juan Bautista van a preguntarle si es el Mesías esperado Jesús sintetiza su actividad pública inspirándose en Is 61,1: “los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia” (Mt 11,5; cf. Lc 7,22). Así, las obras de Cristo son las acciones sanadoras y auxiliadoras de la misericordia. La solicitud de Jesús por todos los pobres y necesitados son la quintaesencia de la misión de Jesús.

Desde ahí, adquiere mayor hondura y realce el texto del *denominado Juicio final* (Mt 25,31-46). Se trata de una síntesis del mensaje y de las exigencias de todo el Evangelio, en la que los hermanos y hermanas del Hijo del Hombre son todas las personas necesitadas y marginadas de nuestro mundo. El juicio va destinado a todas “las naciones”; es decir, dirigida a todas las personas. Ello conlleva que muestra un aspecto claro: la identificación de “los hermanos más pequeños” con todos los seres humanos necesitados.

Estos textos serán claves para el desarrollo de las obras de misericordia. Pero, además, no se puede olvidar que está en consonancia con la tradición judía. Llama la atención que Jesús, situándose en una tradición profética y no piadosa, mencione como criterio exclusivamente obras de amor al prójimo, no otras obras de piedad. Jesús hace suyo el apotegma del profeta Oseas: “*Misericordia quiero, no sacrificios*” (Mt 9,13; 12,7; cf. Os 6,6; Eclo 35,3). El Nuevo Testamento incluye otros catálogos de virtudes en los que ha encontrado cabida la misericordia (cf. 1Pe 3,8; Rom 12,8.15; 2Cor 7,15; Flp 1,8; 2,1; Col 3,12; Heb 13,3).

Todo esto se fue desarrollando con abundantes comentarios de los Padres desde los primeros siglos de la Iglesia, una Iglesia en misión. En el *Pastor de Hermas* (mediados del siglo II) se alude a una veintena de “obras de bien” que son “las continuadoras de las virtudes” y permiten “vivir para Dios”. Será *Lactancio* quien añada, a las seis de Mt 25, la de enterrar a los difuntos, siguiendo el texto veterotestamentario de Tob 1,17s.

Juan Crisóstomo tuvo la audacia de unir obras de misericordia con celebración eucarística, resaltando el “altar del pobre”. Decía que Cristo

“anda errante y peregrino, necesitado del techo; y tú, que no le acoges, te entretienes en adornar el pavimento, las paredes y los capiteles de las columnas, y en colgar lámparas con cadenas de oro ... Mientras adornas, pues, la casa, no abandonas a tu hermano en la tribulación, pues él es templo más precioso que el otro... Tú que honras el altar sobre el que se posa el Cuerpo de Cristo, ultrajas y desprecias después en su indigencia al que es el mismo Cuerpo de Cristo. Este altar lo puedes encontrar por todas partes, en todas las calles, en todas las plazas, y puedes en todo momento ofrecer sobre él mismo un verdadero sacrificio. Lo mismo que el sacerdote, de pie ante el altar, invoca al Espíritu Santo, así tú también invócalo inclinado ante el altar [del pobre], no con palabras sino con hechos, porque no hay nada que atraiga y aliente más el fuego

del Espíritu que la abundante efusión del óleo de la caridad” (*In Math., Hom. 50,3s.*).

Valga otro testimonio de la segunda mitad del siglo IV. *Ambrosio de Milán* dirige palabras ardorosas a los ricos que presumían de cumplir sus obligaciones religiosas frecuentando el templo cristiano sin compartir sus bienes con los pobres y quizá oprimiéndolos: “¿Escuchas, rico, qué dice el Señor? Y tú vienes a la iglesia no para dar algo a quien es pobre sino para quitarle” (*De Nabuthae*, 10,45).

Las obras de misericordia espirituales parece ser que arrancan de un comentario alegórico que realizó *Orígenes* (año 185-254) al pasaje del Juicio final: “Además del pan y del vestido que sirven al cuerpo, se debe alimentar las almas con alimentos espirituales ..., con el revestimiento de diversas virtudes por la enseñanza de la doctrina para acoger el prójimo con un corazón lleno de virtudes, y, finalmente, dedicarse a los débiles para reconfortarles, enseñándoles, consolándoles o reprendiéndoles; y cada uno de estos gestos atañe a Cristo” (*In Matthaeum*, 72). Será *Agustín* quien introduzca el paralelismo entre dos formas de misericordia: “dar y perdonar” (*Sermo* 42,1).

Posteriormente, a partir de la Edad Media, estas obras *se irán “socializando”* y pasarán de ser una cuestión de cada cristiano a invitar a que sean realizadas de distinto modo por las cofradías y las órdenes religiosas que van surgiendo en la época. Su sistematización teológica acontece en los siglos XII y XIII, llegando a su consolidación con *Tomás de Aquino* (muerto en 1274): para él la misericordia brota de la caridad y “es la mejor virtud” (cf. *STh* II-II, q.23, a.2s.).

Por todo ello, no es extraño que Juan Pablo II dijera que practicar la misericordia “constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana” (DiM 14). Y que Francisco solicite como “vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre *las obras de misericordia corporales y espirituales*. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina” (MV 15).

4. OBRAR CON MISERICORDIA ENTRAÑABLE

El hecho de que la Iglesia aquilatara las obras de misericordia en “siete” y “siete”, responde a una simbólica bíblica y patrística donde a este número se le da *un sentido de perfección y plenitud*. El hecho de que hablara de “corporales” y “espirituales” era debido a la concepción de la persona que en ese tiempo había. Ahora la antropología cristiana prefiere evitar toda concepción dualista resaltando la unidad del ser humano creado por Dios, utilizando categorías como “cuerpo espiritual” o “espíritu corpóreo”. Además, la sociedad globalizada en la que vivimos nos exige comprender nuestro testimonio del Dios de la misericordia desde otros parámetros.

Para comprobar todo ello pensemos en los niños y adolescentes, dada que muchas de sus situaciones son “un pecado que clama al cielo”. Los no nacidos, los muertos de hambre, los desnutridos, los muertos por falta de recursos sanitarios, los explotados laboral y sexualmente, los impedidos al acceso de la educación, los niños de

la guerra, las niñas-bomba, los secuestrados para adopciones ilegales o tráfico de órganos... ¿Cómo ejercer la misericordia ante estas situaciones dramáticas desde las tradicionales obras de misericordia?

Se han intentado nuevas y diversas sistematizaciones de las mismas¹⁷. Nosotros proponemos una clasificación septenaria (por lo mantener su sentido de perfección y plenitud), pero el lector no debe olvidar que la concepción unitaria de la persona nos hace comprender que cada una de ellas está en mutua relación con las otras y que, como nuestro mundo actual nos hace ver, el intento de superar esas lacras y miserias conlleva perspectivas y horizontes variados e interrelacionados.

Desde aquí, tratamos de forma breve las siguientes dimensiones para el ejercicio concreto y actual de la misión en misericordia: ayudar a los pobres, consolar a los enfermos, acompañar a los cansados y agobiados, acoger a los migrantes, trabajar por la reconciliación, cuidar la casa común y colaborar por la cultura de la misericordia.

[1] Ayudar a los pobres. La necesidad y la marginación social no se consideran hoy como un mero producto de la fatalidad o como una situación que deba ser atribuida a la culpa de las personas pobres. La creciente situación de las clases pobres y marginadas es el resultado de un sistema social concreto que beneficia a los más poderosos y hunde en la pobreza y necesidad a los más débiles y desvalidos. La vida de éstos resulta insignificante ante la sociedad de bienestar. La vida de tantos hombres y mujeres no es algo natural, sino consecuencia de un conjunto de mecanismos sociales, económicos, políticos y culturales que oprimen, despojan y marginan a los desheredados, creando el mundo de los pobres.

¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene (o es desahuciado) de un techo donde cobijarse? A ello hay que añadir las “nuevas pobreza”, que afectan a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de las toxicomanías, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social.

Así se nos abre un inmenso y casi inabarcable campo de actuación para mostrarnos misericordiosos ayudando a tantas personas pobres. Como manifiesta la Conferencia Episcopal Española en su instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres* (año 2015)¹⁸:

“el *acompañamiento* a las personas es básico en nuestra acción caritativa. Es necesario “estar con” los pobres –hacer el camino con ellos– y no limitarnos a “dar a” los pobres recursos (alimento, ropa, etc.). El que acompaña se acerca al otro, toca el sufrimiento, comparte el dolor ... La cercanía es auténtica cuando

¹⁷ Por ejemplo, W. KASPER, *La misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2015⁷, 141s. que habla de cuatro tipos de pobreza actuales: física o económica, cultural, social, y espiritual.

¹⁸ Sobre estos temas el magisterio español ya ha dedicado otras reflexiones: CEE, *La caridad en la vida de la Iglesia* (1993); COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres* (1994); OBISPOS DE LA IGLESIA EN CASTILLA, *La Iglesia samaritana y solidaria con los pobres* (1991).

nos afectan las penas del otro, cuando su desvalimiento y su congoja remueven nuestras entrañas y sufrimos con él. Ya no se trata solo de asistir y dar desde fuera, sino de participar en sus problemas y tratar de solucionarlos desde dentro. Por eso, si queremos ser compañeros de camino de los pobres necesitamos que Dios nos toque el corazón” (nº 47).

[2] Consolar a los enfermos. ¿La salud y la enfermedad son problemas o fenómenos solamente técnicos, campo exclusivo de la ciencia y de la política? Mas bien son “acontecimientos fundamentales de la existencia”; es decir, experiencias fundantes de la biografía de cada persona, situaciones de una profunda densidad humana. La misión de Cristo –a través de sus palabras, gestos y signos– acoge y toma en serio todo lo humano. *Experto en humanidad y misericordia*, se coloca en el punto de emergencia de la condición humana, conectando con sus vibraciones más íntimas, con sus aspiraciones más hondas y también con sus frustraciones más paralizantes. Él nunca habitó en la periferia de su pueblo ni tampoco se quedó a las puertas del corazón. Y quienes se dejaban “tocar” por Él sentían que de su profundidad brotaba una fuerza que curaba a todos (Lc 6,19).

El anuncio misericordioso ha de ser siempre y al mismo tiempo terapéutico. “Cuando entréis en una ciudad, sanad a los enfermos que haya en ella y decid: ya os llega el Reino de Dios” (Lc 10s.). Por ello, la Iglesia en misión, desde sus personas y equipos, está llamada a *ofrecer la misma salud que Cristo regalaba*. También hoy sólo se salva y se cura lo que se asume, respetando hasta el fondo el carácter único, original e irrepetible de cada persona¹⁹. Quizá bastaría con que las comunidades redescubrieran su razón de ser como continuadoras de las actitudes de Jesús ante el sufrimiento para que se renovase su presencia en el mundo del dolor. Y esta presencia fuese la concreción de la voluntad de Dios que expresa su amor incondicional y en desmesura a todos los hombres, particularmente a los que sufren cuando su vida flaquea por causa de la enfermedad.

Este actuar misericordioso *habrá de comprenderse de modo global*; no sólo hacia los enfermos, sino también entre sus familiares y amigos, con los profesionales y en las mediaciones sanitarias y políticas. Y deberá armonizar la dimensión sanante con la evangelizadora: tan peligroso resulta tan sólo querer hablar (en vano) de Dios en esas situaciones densas como eludir totalmente su Nombre misericordioso-salvífico-sanador. No podemos olvidar que la Iglesia cuando ofrece el sacramento de la unción de enfermos, en situaciones especialmente delicadas, implora que “por esta santa unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo”, a fin de ofrecer remedio a la persona, aportando salvación, consuelo y, a veces, sanación.

[3] Acompañar a los cansados y agobiados. De la “situación” del ser humano hoy forma parte un alto porcentaje insoportable de debilitamiento psíquico. Es esas circunstancias límite, todo lo que hasta ese momento contaba en sus vidas, sobre lo que se asentaban, parece perdido. Todo ha pasado, todo ha terminado en decepción. Se ha venido encima un caos de sentimientos, una gran confusión roe sus entrañas: tristeza,

¹⁹ Cada día cobra más fuerza el concepto de “relación pastoral de ayuda”, para referirse y expresar cómo ha de ser el encuentro personal y comunitario con la persona que sufre y que se encuentra enferma: cf. J. C. BERMEJO, *Relación pastoral de ayuda al enfermo*, Madrid 1993.

dolor, miedo, ira, desesperanza. Su vida se les ha desvencijado. Ya no continúa; se experimenta cansina, agobiante, angustiante. Ante esta situación, qué bueno que haya un acompañante con entrañas de misericordia. Es una mediación personalizada que se con-mueve con empatía.

La imagen del *Señor resucitado con sus llagas reales* como acompañante (des)conocido es palabra liberadora y reconfortante en la crisis. Dios está aquí, aun cuando con frecuencia en los momentos oscuros de nuestra vida tan sólo con posterioridad veamos que estuvo de nuestro lado. Él nos acompaña cuando nuestro camino transcurre a través del desengaño y la tristeza, de la depresión y la crisis donde no se intuye ninguna luz al final del camino. “Dios con nosotros”; esta es la experiencia original de la fe cristiana que nos recuerda la maravilla siempre novedosa de que somos hijos de Dios. Y su responsabilidad sobre nosotros va más allá de nuestra propia respuesta. C. Jung, que tanto conocía de la psicología de la persona, colocó sobre la puerta de su casa (también símbolo de la persona) la expresión “*vocatus atque non vocatus, Deus aderit*”: “llamado o sin ser llamado, Dios está aquí”.

La Iglesia podría tener en las personas que sufren psíquicamente una insospechada oportunidad para que los cristianos ejerzamos la misericordia divina con rasgos más claros. La psicología pastoral simboliza así un acompañamiento espiritual (“del Espíritu”) donde individuos, parejas, grupos y comunidades se pueden sentir invitados a compartir su vida con el mensaje curativo de la fe, de manera que sean capaces de leer su vida como la historia del Dios fiel que les invita a descansar y recobrar el aliento en Él²⁰. El testimonio del acompañamiento misericordioso, largo y delicado, puede abrir las puertas a la oferta del nombre de Dios, que “tiene el sabor de la Vida”.

5. TESTIMONIAR LA MISERICORDIA PROFÉTICAMENTE

La nueva realidad social, más compleja e interconectada, y la propia profundización de la Iglesia en las fuentes bíblicas y en los desarrollos de su doctrina social, nos hacen comprender que las praxis testimoniales de la misericordia adquieren nuevos horizontes desde una raigambre profética.

[4] Acoger a los migrantes. Durante los últimos años hay una palabra que, casi ausente antes en el lenguaje cotidiano, ha pasado a estar presente todos los días en los medios de comunicación social y en la vida diaria: los migrantes²¹. Lo cierto es que hay *una realidad creciente de migrantes*. A ellos hay que añadir los refugiado, desplazados o apátridas. Vienen a países de economía más próspera buscando un trabajo y un futuro mejor para ellos y para sus hijos. Pero en realidad muchas veces vienen empujados por gobiernos corruptos, por guerras sin sentido, por nacionalismos, fanatismos y terrorismos excluyentes, por empresas sin escrúpulos que sólo buscan su beneficio, por

²⁰ Cf. I. BAUMGARTNER, *Psicología pastoral. Introducción a la praxis de la pastoral curativa*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1997.

²¹ Cf. A. MARTÍNEZ RODRIGO, *Las migraciones: un signo de nuestro tiempo. Jalones para una pastoral inmigrante*, Verbo Divino-Secretariado de Madrid, Estella 1995; «Misiones Extranjeras» 181 (2001) [*Los inmigrantes, una interpelación a la misión*] y 268 (2015) [*Migración, justicia y misión*].

la incultura y la falta de oportunidades para estudiar, por un sistema sanitario a todas luces insuficiente, por una población que crece más deprisa que los recursos disponibles... Y casi nunca vienen solos; les traen. Unas veces les traen sus familiares o amigos; otras, las mafias cuyo negocio es muy suculento.

La profecía de la misericordia ha de llevarnos a trabajar por construir una sociedad solidaria no racista ni xenófoba. Junto a ello, es preciso apoyar al desarrollo de los países emisores de inmigrantes desde un co-desarrollo armónico, de talla humana, donde no sólo aumenten las fuentes de riqueza económica sino donde se preserven los valores humanos, entre los cuales deberán estar presentes los valores del espíritu. La acogida es todo un reto para la sociedad que recibe al migrante y un desafío a la Iglesia misericordiosa; ha de *salir a la búsqueda del hermano que sufre*, porque tiene dificultades para situarse ante la nueva realidad (no sólo económico-laboral, sino también psicológica, cultural y espiritual). El futuro anhelado siempre pasa por la educación. Ante migrantes de otras creencias bien podría potenciarse un testimonio profético de apertura frente a nacionalismos exacerbados o a concepciones machistas trasnochadas focalizándolo desde los valores del Reino. Y siempre buscando caminos creativos que ofrezcan, desde un total respeto, la posibilidad real de itinerarios para un anuncio explícito del Evangelio.

[5] Trabajar por la reconciliación. San Juan Crisóstomo mantenía que “la Iglesia ha sido hecha, no para dividir los que en ella se juntan, sino para juntar a los que están separados, y eso es lo que significa la asamblea” (*In Cor Hom* 273). Ahora bien, uno de los horizontes fundamentales para desarrollar la profecía de la misericordia está en el intento de la reconciliación del mundo. Ante tantas guerras fratricidas y tanto exacerbamiento del etnocentrismo y de los conflictos genocidas en nombre (falso) de la religión, el futuro de la misión misericordiosa es trabajar por la paz, la reconciliación, la justicia y el perdón.

Un caso prototípico es la labor que las iglesias en África están realizando y desde donde podemos aprender nosotros, pues la reconciliación ha de ser a nivel mundial y global. Ya en la exhortación *La iglesia en África* (año 1995) se decía que “la nueva evangelización tenderá pues a edificar la Iglesia como Familia, excluyendo todo etnocentrismo y todo particularismo excesivo, tratando de promover por el contrario la reconciliación y la verdadera comunión entre las diversas etnias, favoreciendo la solidaridad y el compartir tanto el personal como los recursos de las Iglesias particulares, sin consideraciones indebidas de orden étnico” (nº 63).

No es de extrañar que el segundo sínodo africano se preparara sobre “la reconciliación, la justicia y la paz”. Desde aquí podemos entender las llamadas que el papa Francisco ha realizado especialmente en su reciente viaje a África. El 29 de noviembre de 2015 –cuando inauguraba allí el Año de la Misericordia en la catedral de Bangui (República Centroafricana)– señalaba: hemos de ser “testigos de la infinita misericordia ... los agentes de la evangelización han de ser, ante todo, artesanos del perdón, especialistas de la reconciliación, expertos de la misericordia”.

Ahora bien, quizá no se haya dado suficiente importancia *al perdón*

misericordioso en los procesos de la reconciliación²². Pedir a alguien que olvide es decirle que no queremos oír su historia. El perdón se distingue de la reconciliación. Las víctimas pueden ser capaces de perdonar, pero eso no quiere decir que nos encontremos ante una situación reconciliada. La reconciliación presupone el perdón, pero ello no es suficiente si no hay reconocimiento de la ofensa por parte del opresor. Sólo cuando esto sucede, la situación queda saneada y un futuro de nuevas relaciones se abre para ambas partes. Y para todo este proceso se necesita una estrategia a largo plazo para educar en la paz y la reconciliación²³.

[6] Cuidar la casa común. Trabajar hoy por la reconciliación de la vida, de los grupos humanos y de los pueblos nos hace dirigir nuestra mirada entrañable a la mañana de la creación para encontrar la sutura que va conduciendo la historia de un Dios cuya ternura y misericordia son eternas. El Dios personal que se ha hecho protagonista de esa historia quiere hacernos a los hombres “prisioneros del amor” (Isaac de Nínive). Dios ha hecho vida propia un amor tan tierno que es capaz de com-padecer con todas las criaturas.

Y ahí encontramos la clave para que todas las personas puedan convertirse en protagonistas de esa misma historia: un corazón puro “es el que sufre con todas las criaturas compadeciéndose porque “se inflama de amor por la creación entera, por los hombres, por los pájaros, por los animales, por los demonios, por todas las criaturas. Cuando piensa en estas criaturas, cuando las ve, sus ojos no pueden no llenarse de lágrimas... su corazón se rompe cuando ve el mal y el sufrimiento de las criaturas más humildes...” (Isaac el Sirio, *Discurso* 81).

El papa Francisco en la encíclica *Laudato si* nos presenta una amplia reflexión sobre la importancia que tiene “*el cuidado de la casa común*” y las responsabilidades que recaen sobre todos los hombres y mujeres de buena voluntad y, en particular, sobre los bautizados. Es en este punto donde la misericordia adquiere rasgos de ternura desde diversas perspectivas: “El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado: «Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste, porque, si algo odiaras, no lo habrías creado» (Sab 11,24). Entonces, cada criatura es objeto de la ternura del Padre, que le da un lugar en el mundo” (LS 77). Sin embargo, “no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos” (LS 91).

Por ello, se requiere obrar en misericordia *para conseguir una “conversión ecológica”* que vaya creando un dinamismo de cambio duradero, que también es una conversión comunitaria. Ésta supone “diversas actitudes que se conjugan para movilizar un cuidado generoso y lleno de ternura. En primer lugar implica gratitud y gratuidad, es decir, un reconocimiento del mundo como un don recibido del amor del Padre ... También implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal ... Además, haciendo crecer las capacidades peculiares que Dios le ha dado, la

²² J. GONZÁLEZ NÚÑEZ, *África: de los conflictos al compromiso por la justicia y la paz*, «Misiones Extranjeras» 45 (2001) 540.

²³ Cf. J. CORDOVILLA PÉREZ, *Cosmovisión cristiana para una ética global. Proyecto evangelizador-educativo en Mozambique*, Ediciones Laborum, Murcia 2005.

conversión ecológica lleva al creyente a desarrollar su creatividad y su entusiasmo, para resolver los dramas del mundo” (LS 220).

Baste comprobar cómo en el dinamismo misionero esta perspectiva cada día va adquiriendo mayor importancia. La mirada universal nos hace ver la importancia que se la dedica, por ejemplo, en *Ecclesia in Oceania* (nº 31)²⁴.

[7] La misión como testimonio creyente nos ha de llevar a **colaborar por una cultura de la misericordia**. Evidentemente, la misión en misericordia siempre se dirige a los rostros concretos, a las personas de carne y sangre que se hallan todo tipo en situaciones in-misericordes. Pero, dada la dinámica encarnatoria de la salvación, el Evangelio de la misericordia ha de hacerse cultura, acogiendo lo mejor de cada cultura y presentándose como auténtico elemento purificador de todas las limitaciones culturales. Aquí entramos en un amplio campo que nos invita más a plantear interrogantes que a ofrecer soluciones. El carácter profético de la misericordia exige actuaciones proféticas en medio del mundo y sus mecanismos.

Siguiendo lo que ya Pablo VI proponía en *Ecclesiam suam* podemos reseñar cuatro círculos concéntricos, nucleares para una misión creíble hoy, en esta búsqueda necesaria. En primer lugar, *la Iglesia ha de ser el hogar* donde se vive internamente la misericordia, pues ella es santa y pecadora, divina y humana. Por otro lado, el ir obrando misericordia conlleva realizarlo en clave ecuménica *con las iglesias hermanas*; así se ofrece el testimonio de un amor misericordioso que nos pueda conducir al objetivo final: “que todos sean uno” desde el anhelo de podernos sentar todos juntos a celebrar la única Pascua de la misericordia²⁵.

Junto a ello, se ha de activar más *el diálogo interreligioso*. Francisco dice que “la misericordia sobrepasa los confines de la Iglesia. Ello nos relaciona con el judaísmo y el islam, que consideran uno de los atributos más calificativos de Dios ... y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y discriminación” (MV 23). Respecto a Israel, sabemos cómo las páginas del Antiguo Testamento están entretejidas de misericordia. De cara al Islam, “entre los nombres que le atribuye al Creador está el de Misericordioso y Clemente” (MV 23).

Finalmente, el otro gran círculo para colaborar en la generación de esta cultura de la misericordia es *el diálogo con el mundo*. Desde un nuevo estilo evangelizador, la Iglesia está llamada a trabajar con otros grupos, plataformas, ongs, movimientos sociales que, más allá de la justicia, creen un mundo misericordioso. Porque “la experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es

²⁴ Cf. «Misiones Extranjeras» 269 (2016) [*Misión e integridad de la creación*].

²⁵ J. B. METZ ha propuesto la compasión como el programa de reforma de la Iglesia, como el programa de alcance mundial que debe proponer en un mundo globalizado y pluralista. No hay sufrimiento en el mundo que no nos afecte, como afectó al mismo Dios. Por ello reclama una “mística de ojos abiertos”, una mística del sufrimiento en Dios: para rescatar del olvido a las víctimas, para evitar que el dolor del mundo desemboque en la desesperación, para desarrollar una praxis de compasión que inquiete la devoción intimista y genere un auténtico *ecumenismo de la compasión*: cf. *Memoria Passionis. Ein provozierendes Gedächtnis in pluralistischer Gesellschaft*, Herder, Friburgo i.Br. 2006.

suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite *a esa forma más profunda que es el amor* plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones” (DiM 12). ¿Qué sería de nuestro mundo y de la historia si faltaran la misericordia y la compasión?

*** CONCLUSIÓN: CAMINAR DICHOSOS EXHALANDO MISERICORDIA**

Desde una Iglesia con entrañas de misericordia todos estamos llamados a ser misioneros, aunque algunos (desde un ministerio específico) lo realicen en nombre de todos. El Espíritu, protagonista de la misión, invita a quien se deja seducir por Él a exhalar su buen olor, que es el perfume de Dios, a perfumar el mundo con el óleo de la misericordia: “el Espíritu es definido unción y sello ... la unción tiene el perfume y el olor de aquel que unge, de manera que aquellos que son ungidos le son partícipes y dicen ‘nosotros somos el perfume de Cristo’ (2Cor 2,15) ... Por causa del Espíritu nosotros somos llamados partícipes de Dios” (Atanasio, *Cartas a Serapión*, I,23s.).

Un corazón que mira a los necesitados (*miseri-cor-dia*), en empatía con los doloridos, nos hace captar un perfume que humaniza en este mundo nuestro a veces demasiado enfermo. Si necesario es humanizar una civilización enferma, también resulta hoy imprescindible superar la deshumanización: en lugar de silencio, poner nombre; en lugar de insensibilidad, compasión; en lugar de desprecio, agradecimiento.

Poner nombre a pobres y a víctimas significa romper el silencio sobre guerras, injusticias y desprecios activamente ocultos; y al ponerles nombres, se les devuelve la dignidad. Curar heridas y erradicar estructuras de muerte es absolutamente necesario. Pero, además, es ejercicio de misión misericordiosa: es la re-acción del buen samaritano, con entrañas de misericordia removidas y sin condiciones. Humaniza lo que hacemos por pobres y víctimas, aunque nada humaniza más que dejarse curar por las víctimas, y agradecerse; es la salvación que proviene del pueblo crucificado²⁶.

El meollo del Evangelio, de la buena y nueva noticia ofrecida por Dios a la humanidad y anuncio primario a comunicar, queda plasmado en las denominadas bienaventuranzas. El Espíritu Santo es el que nos conduce a dar sentido y perspectiva al deseo natural de ser felices; un deseo que Dios ha inscrito en el corazón humano para atraerlo hacia Él, el único que puede satisfacerlo plenamente (cf. *Catecismo*, nº 1717).

Por ello, no resulta extraño que éstas recojan expresamente la misericordia realizada por los creyentes y regalada por Dios. El hecho de acoger, vivir y testificar la misericordia divina nos ha de llevar a procurar mostrar un nuevo estilo de vida misionera en el Espíritu. A veces se piensa que vivir así es una carga o un sacrificio; ahora bien, “... constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana ... El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los

²⁶ J. SOBRINO, *Humanizar una civilización enferma*, «Concilium» 329 (2009) 79-89. Este autor sitúa el principio-misericordia como clave de su teología, espiritualidad y praxis de liberación; la misericordia caracteriza tanto a Dios como a los seres humanos. Dios se siente afectado por el dolor ajeno, y siempre responde desde la parcialidad por las víctimas, por los más débiles: cf. *Espiritualidad y seguimiento de Jesús*, en I. ELLACURRÍA - J. SOBRINO (eds.), *Mysterium Liberationis*, II, Trotta, Madrid 1990, 454-456; 465; *La fe en Jesucristo*, Trotta, Madrid 1999, 128; 394.

hombres, no es nunca un acto o un proceso unilateral. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma ..., sin embargo, en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado” (DiM 14).

A lo largo de los siglos ha habido multitud de personas que la Iglesia les ha declarado oficialmente bienaventurados. Nosotros, ahora, dado que el ideal de la santidad y de la felicidad es componente imprescindible en la misión, señalamos diversas perspectivas –refrendadas por misioneros y misioneras de ayer y hoy– que nos orientan a profundizar en el discipulado de una misión con entrañas de misericordia.

El *santo* es la persona que hace que su vida sea misericordiosa; pensemos en Teresa de Calcuta, “la santa entre los pobres más pobres”. El *mártir* es quien da la vida por amor misericordioso; no hace falta recordar a ninguno en especial, pues es muy largo el martirologio de los misioneros; pero sin ser canonizados, recordemos a los Hermanos de San Juan de Dios que dieron su vida ante el ébola. Tengamos presente al *profeta*, apasionado con la pasión de Dios, al ejemplo de Bartolomé de las Casas u Oscar Romero. Tampoco podemos olvidar al *místico*, quien nos narra de la Belleza de la misericordia, como lo hizo Teresa de Lisieux. Y de ningún modo hemos de dejar de dirigir nuestra mirada agradecida a los *místicos de la cotidianidad* que, como “misioneros anónimos”, trabajan por hacer un mundo más habitable²⁷.

El hecho de ir engendrando una Iglesia-en-misión con entrañas de misericordia no resulta fácil. Exige esfuerzo, aliento, compañía, profetismo... A veces nos cansaremos e incluso puede que cunda el desánimo. Es ahí cuando podremos descubrir nuestros límites y comodidades y darnos cuenta que simultáneamente también nosotros somos personas necesitadas de misericordia. Esta situación ha de llevarnos a recobrar el aliento, a comer y beber pues aún nos queda, como al profeta Elías, mucho camino por andar y muchas heridas que sanar (cf. 1Re 18s.). La celebración eucarística, “el memorial de la Pascua de la misericordia” habrá de ser fuente y cumbre, el ‘corazón’ del misionero que necesita mostrar el rostro misericordioso de Jesús:

“Señor, Padre de misericordia, / derrama sobre nosotros / el Espíritu del Amor, / el Espíritu de tu Hijo ... / Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana .../ que todos los miembros de la Iglesia / sepamos discernir los signos de los tiempos / y crezcamos en la fidelidad al Evangelio; / que nos preocupemos de compartir en la caridad / las angustias y las tristezas, / las alegrías y las esperanzas de los hombres / y así les mostremos el camino de la salvación” (*Plegaria eucarística V*).

²⁷ “Análoga estima merece la labor de laicas y laicos cristianos, realizada frecuentemente en lo recóndito de la vida ordinaria mediante pequeños servicios que anuncian la misericordia de Dios a cuantos se hallan en la pobreza; hemos de agradecerlos su audaz testimonio de caridad y perdón, valores que evangelizan los grandes horizontes de la política, la realidad social, la economía, la cultura, la ecología, la vida internacional, la familia, la educación, las profesiones, el trabajo y el sufrimiento” (*Ecclesia in Europa* 41).

